



Jesús, nuestra Esperanza

semana de la esperanza 2026

SERMONARIO



Jesús, nuestra Esperanza

semana de la esperanza 2026



Iglesia Adventista
del Séptimo Día

Producido por la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Evangelismo

www.adventistas.org

Coordinación general: Rafael Rossi

Autor: Rafael Rossi

Colaboración: Joel Flores

Tapa: DSA

Diagramación: Tiago Wordell

Traducción: Departamento de Traducción DSA

Revisión: Departamento de Traducción DSA

Año: 2026

ÍNDICE

SERMÓN 1 ¿No le importas a nadie?	5
SERMÓN 2 ¿Qué va a pasar mañana?	9
SERMÓN 3 Enfrentando la culpa	13
SERMÓN 4 La verdadera naturaleza humana	17
SERMÓN 5 Un mundo de leyes	22
SERMÓN 6 El remedio divino para el estrés	27
SERMÓN 7 Es posible comenzar de nuevo	32
SERMÓN 8 El mayor espectáculo	36
SERMÓN EXTRA El cielo	39



SERMÓN 1

¿NO LE IMPORTAS A NADIE?

Textos clave: Daniel 1:1-2

Introducción

¿Alguna vez te has sentido abandonado? ¿Has tenido la sensación de que a nadie le importas? En medio del dolor, las pérdidas y las dificultades de la vida, muchos de nosotros nos hacemos esa pregunta. ¿Y qué pasa cuando parece que incluso Dios está distante?

La historia de Daniel y sus amigos ilustra ese dilema. Fueron arrancados de su tierra, alejados de su familia y llevados a Babilonia —un lugar extraño, con una cultura hostil y un futuro incierto. El sentimiento de abandono podría haberlos dominado fácilmente. Pero ¿cuál fue la respuesta de Daniel y sus amigos? ¿Qué podemos aprender de esta experiencia?

Hay una verdad poderosa en los primeros versículos del libro de Daniel que necesitamos destacar: **“El Señor permitió que Joacim cayera en manos de Nabucodonosor”** (Daniel 1:2). Es decir, Dios no perdió el control. Incluso en medio del dolor, él estaba actuando. La entrega de Jerusalén no fue el fin, sino parte de un plan mayor. Daniel 1:2 nos recuerda que no fue la fuerza de Babilonia la que venció, sino el permiso de Dios. Aun en medio de la crisis, él estaba guiando la historia.

Desarrollo bíblico

Daniel y sus amigos fueron rodeados por una cultura pagana y presionados a abandonar su fe. Sin embargo, aún lejos del Templo, de su tierra natal y de la

protección de sus padres, decidieron permanecer fieles. Esto muestra que la fe verdadera no depende del confort, sino de la convicción.

Hoy en día, muchos dicen que perdieron la fe porque la iglesia falló, o porque enfrentaron una tragedia. Pero la fe que depende de las circunstancias es frágil. Daniel nos enseña que es posible mantenerse firme incluso cuando todo a tu alrededor te dice que renuncies. Él y sus amigos fueron llevados al exilio junto con los utensilios del Templo. Este evento no fue un accidente, sino el cumplimiento de profecías dadas por Dios a través de Isaías y Jeremías sobre el cautiverio de Israel.

Al llegar a Babilonia, Daniel seguramente se hizo algunas preguntas fundamentales:

- ¿Dónde está Dios cuando ocurren tragedias?
- ¿Se ha olvidado Dios de sus promesas?

Podemos identificarnos con esas preguntas. ¿Quién no ha cuestionado el motivo del sufrimiento? ¿Quién no se ha preguntado por qué suceden cosas malas a personas buenas?

Hoy vemos tragedias, guerras, enfermedades e injusticias por todos lados. En medio de todo eso, muchos se preguntan: *“Si Dios es bueno, ¿por qué permite tanto sufrimiento?”*

La realidad del sufrimiento y la presencia de Dios

Vivimos en un mundo que parece estar al revés. Las noticias nos hablan de guerras, desastres, enfermedades, hambre, corrupción... Todo ese escenario genera un clamor silencioso en el alma de mucha gente: *“¿Dónde está Dios?”*

A veces parece que los impíos prosperan mientras los fieles enfrentan crisis. El honesto es despedido mientras el corrupto es promovido. El justo lucha por su salud mientras el perverso vive en abundancia. Esta percepción de injusticia puede sacudirnos y provocar un sentimiento de abandono espiritual.

Pero necesitamos entender una verdad bíblica fundamental: el dolor y el sufrimiento no son evidencia de que Dios nos ha abandonado, sino resultado de un mundo herido por el pecado. Desde la caída en Génesis 3, **“toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto”** (Romanos 8:22, NVI). La creación espera redención.

Dios no es el autor del mal; al contrario, él es el Dios que **sufre con nosotros**. Lloró con María ante la tumba de Lázaro. Estuvo con Daniel en Babilonia, con

José en la prisión, con Elías deprimido en la cueva. Él prometió: **“Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te cubrirán sus aguas (...)”** (Isaías 43:2, NVI). El dolor no significa ausencia de Dios. Muchas veces, es justamente en el sufrimiento donde más percibimos su presencia —no basada en sentimientos del momento, sino en sus promesas inmutables.

Martín Lutero afirmó con sabiduría: *“Intentar entender completamente a Dios es como querer meter toda el agua del mar en un vaso”*. Es decir, hay misterios que no podemos explicar lógicamente. Nuestra mente es limitada, pero la fidelidad de Dios es ilimitada.

Cuando no entiendes lo que Dios está haciendo, puedes confiar en quién **es** Dios. No siempre tendrás respuestas para las tragedias de la vida, pero puedes tener la certeza de que Dios sigue siendo justo, amoroso y presente. Él no prometió un camino sin dolor, pero garantizó que estaría contigo en cada paso del camino.

Dios nunca abandona a sus hijos

Cuando Adán y Eva pecaron, Dios los buscó y preguntó: **“¿Dónde estás?”** Esa pregunta resuena hasta hoy. El problema no es que Dios nos haya abandonado, sino que la humanidad se ha alejado de él.

La historia de Daniel nos muestra que incluso en tiempos de prueba, Dios sigue al control. Él estuvo con Daniel en Babilonia, y está contigo hoy.

Evidencias de la existencia y el cuidado de Dios

La presencia de Dios puede percibirse de muchas formas, a través de evidencias claras de su poder y cuidado en la creación y en la historia:

- **Argumento cosmológico:** El universo es extremadamente ordenado y complejo. Nada surge de la nada —toda esa armonía apunta a un Creador inteligente.
- **Argumento teológico:** La naturaleza revela la existencia de Dios. “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Salmo 19:1). Desde la complejidad de una gota de agua hasta el funcionamiento del cuerpo humano, todo refleja diseño y propósito.
- **Argumento moral:** El sentido de lo correcto y lo incorrecto presente en todas las culturas apunta a una conciencia universal implantada por Dios (Romanos 2:14-15). Hay una ley moral en nuestros corazones que no puede explicarse solo por cultura o instinto.

- **Argumento profético:** La impresionante precisión de las profecías bíblicas demuestra que Dios está al control de la historia (ver Isaías 46:9-10). Dios no habla de probabilidades; él anuncia exactamente cómo sucederán los eventos, y las profecías cumplidas son un testimonio de su soberanía.

Aplicación práctica

- Cuando todo parezca perdido, recuerda: Dios no te abandona.
- Confía en Dios incluso cuando las respuestas no sean inmediatas.
- La fe de Daniel lo sostuvo en el cautiverio; esa misma fe puede sostenerte hoy.
- Aun en las dificultades, mantén tu fe y tu integridad, como lo hizo Daniel.

Ilustración

Imagina a un padre enseñando a su hijo pequeño a nadar. Al principio, el niño se agita y siente miedo, pero el padre está allí todo el tiempo, listo para sostenerlo si es necesario. Dios actúa de la misma manera con nosotros. Muchas veces sentimos que nos estamos hundiendo, pero él nunca nos deja solos.

Invitación y llamado

La existencia de Dios no depende de que creamos en él, pero él quiere que experimentemos su amor de forma personal. Hoy, Dios nos está preguntando: “¿Dónde estás?” ¿Estás dispuesto a confiar en él y entregar completamente tu vida en sus manos?

Jesús está con los brazos abiertos esperándote. Ven a él y encuentra esperanza y seguridad en los brazos del Salvador.



SERMÓN 2

¿QUÉ VA A PASAR MAÑANA?

Textos clave: Daniel 2:1-2, 10-12, 16, 19-22, 26-28

Introducción

¿Las estrellas pueden revelar el futuro? ¿Será que la posición de los astros influye en las decisiones que tomamos? En un mundo donde horóscopos, tarot, adivinadores y videntes ganan millones prometiendo revelar el mañana, es esencial preguntarse: ¿Es posible conocer el futuro?

En la antigua Babilonia, el rey Nabucodonosor tuvo un sueño inquietante. Sabía que era importante, pero no lograba recordar los detalles. Desesperado por respuestas, convocó a sus magos, adivinos y astrólogos, exigiendo que revelaran tanto el contenido del sueño como su interpretación.

Ellos fallaron completamente —sus prácticas ocultistas no pudieron revelar el futuro. ¿Y ahora? ¿Qué hacer frente a lo desconocido? Vamos a explorar esta historia y descubrir cómo Dios nos guía en medio de la incertidumbre.

Desarrollo bíblico

Cuando la sabiduría humana falla, Dios se revela. En el capítulo 2 de Daniel encontramos uno de los momentos más tensos de la vida del profeta. El rey exigió lo imposible: que sus consejeros describieran el sueño y lo interpretaran, sin que él les contara nada. Humanamente, era una tarea imposible.

Los magos y astrólogos intentaron ganar tiempo, pero sabían que estaban ante algo que superaba sus capacidades. Ellos mismos admitieron: **“¡No hay nadie en la tierra capaz de hacer lo que el rey pide!”** (Daniel 2:10, NVI). Esta declaración revela el límite de la sabiduría humana. Aún hoy, muchos prometen respuestas rápidas sobre el futuro —a través de horóscopos, cartas, rituales— pero la verdad permanece: ningún ser humano conoce el mañana por sí mismo.

La Biblia es clara al afirmar que solo Dios conoce el futuro. En Isaías 46:9-10, él declara: **“Yo soy Dios... anuncio el fin desde el principio desde los tiempos antiguos, lo que está por venir”**. Mientras los sabios de Babilonia entraron en pánico, Daniel reaccionó con fe. Buscó a Dios, reunió a sus amigos y oraron con fervor. Esa actitud revela el corazón de un verdadero siervo de Dios: ante la crisis, no se desespera, sino que se arrodilla en oración.

Cuando tú enfrentas una situación imposible, ¿a quién recurras primero? ¿A internet? ¿A consejos humanos? ¿O te arrodillas y buscas al Señor? Daniel nos enseña que la respuesta a los misterios de la vida está en Dios, no en las voces confusas del mundo.

El verdadero conocimiento viene de Dios

Después de la oración sincera de Daniel y sus amigos, Dios respondió. Le reveló tanto el contenido como el significado del sueño del rey. En lugar de exaltarse por recibir esa revelación, Daniel fue humilde y agradecido. Antes de hablar con el rey, habló con Dios; antes de presentar la respuesta, ofreció alabanza al Señor. Cuando finalmente estuvo ante Nabucodonosor, Daniel declaró con honestidad: **“Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios”** (Daniel 2:28, NVI).

Daniel no se atribuyó el mérito. Reconoció públicamente que la sabiduría venía de lo alto. En un mundo donde tantos buscan reconocimiento personal, esto es un testimonio poderoso. Aquí aprendemos una lección valiosa: Cuando Dios te da respuestas, abre puertas o realiza milagros, dale la gloria a él. En tiempos donde muchos quieren ser “influencers”, Dios busca intercesores —personas que oran, dependen de él y devuelven la honra al Cielo.

Rechazando los falsos guías

Dios es el único que conoce plenamente el futuro. Prueba de ello es que reveló a Nabucodonosor, por medio de Daniel, la secuencia de los imperios mundiales, mostrando que el Reino de Dios —simbolizado en el sueño por una piedra cortada sin ayuda humana— triunfaría sobre todos ellos. Mientras tanto, las

prácticas ocultistas ofrecen solo promesas vacías y engañan sobre la realidad espiritual. La Biblia nos advierte claramente en Isaías 8:19-20 a no buscar médiums ni adivinos, sino confiar en la Ley y el Testimonio de Dios: **“Aténganse a la Ley y al testimonio!”. Para quienes no se atengan a esto no habrá un amanecer**”. En otras palabras, la Palabra de Dios debe ser nuestro guía y criterio.

No necesitas horóscopos, médiums ni cartas —tienes un Dios vivo que habla con nosotros por medio de las Escrituras y del Espíritu Santo. Él se interesa por ti y por mí y desea guiarnos personalmente.

¿Qué dice la Biblia sobre el destino?

Muchos creen que su destino ya está trazado y que no pueden cambiar su historia. Dicen frases como:

- *“Mi destino es sufrir”*
- *“Nací para ser infeliz”*
- *“No sirve de nada luchar contra la suerte”*

Pero la Palabra de Dios enseña lo contrario. En Deuteronomio 30:19, el Señor declara: **“Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos contra ti, de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida, para que vivan tú y tus descendientes**”. Nuestro futuro no está predeterminado de forma fatalista. Las decisiones que tomamos definen nuestro camino. Dios nos ofrece elecciones reales y nos llama a elegir la vida.

Aplicación práctica

- **Busca a Dios en oración ante las incertidumbres**, como hizo Daniel. Cuando no sepas lo que vendrá, dobla tus rodillas en lugar de desesperarte.
- **Rechaza toda forma de ocultismo o superstición**. Confía únicamente en la guía divina.
- **Recuerda que el futuro, en gran parte, está en tus manos** cuando estás en las manos de Dios. Las decisiones de hoy moldean el mañana —por eso, camina en los caminos de Dios para construir un futuro de paz y esperanza.
- La verdadera prosperidad y bendición vienen al seguir la voluntad de Dios (Isaías 58:13-14; Isaías 48:17; Josué 1:8-9). **Pon a Dios en primer lugar y él enderezará tus caminos.**

Ilustración

Imagina un barco en altamar. El marinero debe decidir cómo navegar con seguridad. Puede seguir mapas falsos y acabar perdido o usar un GPS confiable para encontrar el camino seguro de regreso al puerto. Si confía en coordenadas erradas, terminará a la deriva; pero si confía en el instrumento correcto, llegará a su destino.

De la misma manera, **no podemos confiar en astrología, adivinaciones o promesas humanas falsas sobre el futuro.** Nuestro “GPS” debe ser Dios y su Palabra. Solo él conoce el mapa completo de la vida y puede guiarnos con seguridad en medio de las tormentas de incertidumbre.

Invitación y llamado

Hoy, Dios nos da una elección clara: vivir en la incertidumbre o confiar en él. Él conoce el futuro y desea guiarte en el presente.

¿Quieres entregar tu vida al Dios que revela misterios, al que conoce el mañana y puede guiarte hoy? ¿Estás dispuesto a abandonar la confianza en supersticiones y entregar completamente tu camino al Señor?

Pon tu futuro en las manos de Dios ahora mismo. Toma hoy la decisión de confiar en el Dios que conoce el mañana y experimenta la paz de caminar guiado por aquel que nunca se equivoca.



SERMÓN 3

ENFRENTANDO LA CULPA

Textos clave: Isaías 1:18; Salmo 32:5; Mateo 18:21-22

Introducción

La culpa es uno de los pesos más pesados que el ser humano puede cargar. Cuando hacemos algo incorrecto, o cuando dejamos de hacer lo que era correcto, nuestra conciencia nos acusa. Algunos intentan ignorar la culpa, otros la justifican, y hay quienes son consumidos por ella. Hay personas que viven atormentadas por errores del pasado, incapaces de perdonarse, creyendo que no merecen el perdón de Dios.

Pero la Biblia nos ofrece esperanza para enfrentar la culpa. En Isaías 1:18, Dios hace una invitación maravillosa: **“Vengan, pongamos las cosas en claro, dice el Señor. Aunque sus pecados sean como escarlata, quedarán blancos como la nieve” (...)**. Dios promete purificar y perdonarnos completamente. Pero ¿cómo hacer propia esa promesa? ¿Cómo enfrentar la culpa para que no nos destruya, sino que sea removida de nosotros?

Desarrollo bíblico

Primero, necesitamos entender que todos hemos pecado y necesitamos el perdón de Dios (Romanos 3:23). No hay nadie que no haya sentido el peso de la culpa en algún momento. El rey David, por ejemplo, experimentó una culpa profunda después de su pecado con Betsabé y Urías. En el Salmo 32, David describe el alivio que sintió cuando finalmente confesó su pecado a Dios:

“Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo (...) pero te confesé mi pecado (...) y tú perdonaste la culpa de mi pecado” (Salmo 32:3,5, NVI).

La culpa puede ser útil si nos lleva al arrepentimiento. Es como un dolor que indica que algo está mal y necesita ser tratado. El peligro es cuando, en lugar de buscar la solución en Dios, permitimos que la culpa se convierta en un verdugo que nos mantiene encadenados.

Jesús encontró muchas personas aplastadas por la culpa y el desprecio de la sociedad —y él les ofreció perdón y nueva vida. Piensa en la mujer sorprendida en adulterio en Juan 8. Fue llevada ante Jesús llena de culpa y vergüenza, esperando la condena. Pero Cristo la libró de la muerte y le dijo: **“Yo tampoco te condeno; vete, y no peques más.”** Jesús no aprobó su pecado, pero la perdonó y la liberó de la acusación, dándole la oportunidad de comenzar de nuevo en pureza.

De la misma manera, Jesús quiere liberarte de la culpa y de la acusación. **“Tenemos un abogado ante el Padre: Jesucristo, el justo”** (1 Juan 2:1). Él intercede por ti y presenta ante el Padre su sangre derramada como precio pagado por tus pecados. No necesitas vivir bajo condenación cuando Cristo ya te ofrece perdón.

Cuidado con el corazón endurecido

Por otro lado, hay quienes resisten tanto el llamado de Dios que su corazón se vuelve insensible. Así como los callos se forman en las manos por el trabajo repetitivo y quitan la sensibilidad, un corazón que rechaza continuamente la voz de Dios se endurece. La persona comienza a pecar y ya no siente culpa —eso es muy peligroso. La Biblia advierte: **“Si ustedes oyen hoy su voz, no endurezcan sus corazones (...)”** (Hebreos 3:7-8).

Por lo tanto, si hoy tú aún sientes culpa por tus errores, alaba a Dios —significa que tu corazón aún está sensible y que Dios está trabajando para llevarte al arrepentimiento.

¿Cómo recibir el perdón de Dios?

Dios siempre está dispuesto a perdonarte. Pero para experimentar ese perdón y liberarte de la culpa, necesitas dar algunos pasos importantes según la Biblia:

- 1. Confiesa tus pecados:** Reconoce y admite tu error ante Dios, sin encubrir nada. **“Te confesé mi pecado, y no te oculte mi maldad”** (Salmo 32:5, NVI). Hay liberación en hablar con sinceridad a Dios sobre lo que hay en tu alma.

2. **Cree que Dios es misericordioso:** Ten fe en que él desea tu salvación y está listo para perdonar. *“Tú, Señor, eres bueno y perdonador; tu gran amor se derrama sobre todos los que te invocan”* (Salmo 86:5, NVI).
3. **Acepta el perdón de Dios y vive una nueva vida:** Después de confesar y pedir perdón, cree que Dios te ha perdonado por causa de Jesús. Entonces, levántate y camina en una nueva vida. *“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (Juan 3:16, NVI). Si él dio a Jesús por ti, no hay pecado que su sangre no pueda limpiar. Acepta ese regalo y no vivas más bajo la condenación.

Además, Jesús nos enseña la importancia de perdonar a otros, así como hemos sido perdonados. Muchas veces cargamos culpa y resentimiento porque no hemos liberado perdón a quienes nos han ofendido —incluso a nosotros mismos. Pedro preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar, y Jesús respondió: “Setenta veces siete” (Mateo 18:21-22), indicando un perdón ilimitado. Cuando entiendes cuánto Dios te ha perdonado, eres capacitado para perdonar al prójimo —y eso también rompe las cadenas de la culpa y la amargura en tu corazón.

Aplicación práctica

- **¡No cargues más el peso de la culpa!** Jesús ya pagó el precio de tu perdón en el Calvario. Deja de castigarte por lo que Cristo ya fue castigado en tu lugar.
- **No confundas arrepentimiento con remordimiento.** El arrepentimiento verdadero trae cambio de vida; el remordimiento solo trae tristeza sin esperanza. Permite que Dios te conceda un corazón verdaderamente arrepentido y transformado.
- **Mantén tu corazón sensible a la voz de Dios.** Si sientes la convicción del Espíritu Santo, no endurezcas tu corazón. Responde al llamado de Dios de inmediato —eso trae alivio y paz.
- **Perdona como tú has sido perdonado** Tal vez la culpa que cargas está ligada a no haber perdonado a alguien (incluso a ti mismo). Entrega a Dios tus heridas y culpas, y experimenta la libertad que solo la gracia de Cristo puede dar.

Ilustración

Imagina a un hombre encadenado por los pies a una pesada bola de hierro. Intenta caminar, pero el peso de esa bola hace que cada paso sea casi imposible. Esa bola representa la culpa.

Nos ata al pasado, impide nuestro progreso espiritual y nos roba la alegría.

Ahora imagina que Jesús se acerca a ese hombre, rompe la cadena y lo libera de ese peso. Eso es lo que hace el perdón de Dios. Él remueve la pesada carga de la culpa de nuestras vidas.

Después de ser liberado, ese hombre tiene una elección: puede volver a agarrar la bola de hierro y arrastrarla de nuevo, o puede dejarla atrás y seguir libremente. Así también es con nosotros: Podemos seguir arrastrando la culpa o podemos entregársela a Jesús y ser verdaderamente libres.

Invitación y llamado

Hoy, Dios te llama a dejar la culpa a los pies de la cruz. Has cargado ese peso por demasiado tiempo. Jesús murió precisamente para que tú no tuvieras que vivir bajo condenación. Acepta ahora el perdón de Dios y comienza una nueva vida.

“‘Vengan, pongamos las cosas en claro’, dice el Señor. ‘Aunque sus pecados sean como escarlata, quedarán blancos como la nieve’ (...)” (Isaías 1:18, NVI). Esa es la promesa de Dios para ti. ¡Créela!

Pon tu culpa en las manos de Cristo. Sal de aquí con el corazón liviano, perdonado y en paz. Él dice: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. Toma posesión de esa palabra. A partir de hoy, no vivas mirando al pasado de culpa, sino al futuro de esperanza que Jesús te ofrece.



SERMÓN 4

LA VERDADERA NATURALEZA HUMANA

Textos clave: Romanos 7:15-24; 1 Corintios 15:53-54; Nahúm 1:9

Introducción

¿Alguna vez estuviste con un gran conflicto mental, entre hacer lo correcto o actuar por impulso? Cuantas veces, la ira quiere tomar el control de nuestras acciones, o un sentimiento nocivo se apodera de nuestro corazón. Cuantas veces somos guiados por lo que sentimos y dejamos de lado lo que creemos. Negamos nuestra fe con nuestras actitudes o acciones, y luego sentimos culpa por aquello que hacemos.

Existe una realidad que necesitamos entender, todos enfrentamos a diario una batalla entre lo que deseamos ser en Cristo y las reacciones impulsivas de nuestra naturaleza humana. Esta lucha es real, continua y a veces, agotadora.

El apóstol Pablo, un hombre profundamente consagrado y usado por Dios, describió esta lucha interna con notable honestidad. En Romanos 7, abre su corazón y escribe: **“No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco”** **“¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo sujeto a la muerte?”** (Romanos 7:15, 24, NVI). Es como si Pablo dijera: *“Quiero ser espiritual, pero aún reacciono de forma carnal. Quiero agradar a Dios, pero hay algo en mí que se resiste”*.

Esta no es solo la historia de Pablo. Es la tuya, es la mía, es la historia de todo cristiano sincero. ¿Quién no se ha visto haciendo exactamente lo que prometió a Dios que no haría más? ¿Por qué, incluso después de aceptar a Cristo, seguimos

sintiendo esta guerra interior? ¿Como podemos vencer esa lucha dentro nuestro que parece interminable?

Hoy vamos a reflexionar a la luz de la Palabra sobre la verdadera naturaleza humana y descubrir cómo Dios nos llama no solo a sobrevivir en esta lucha, sino a vivir en victoria. Porque, aunque la batalla continúe mientras vivamos en este mundo, la victoria ya fue garantizada por Jesús en la cruz.

Desarrollo bíblico

Aceptar a Cristo es el inicio de una nueva vida, pero no es el fin del conflicto interior. La conversión no borra instantáneamente todos los impulsos de la carne, ni elimina de una vez todas las inclinaciones pecaminosas que heredamos o cultivamos a lo largo de la vida. De hecho, es a partir de ese momento que la batalla puede volverse más clara, porque ahora tenemos una nueva naturaleza que lucha contra la antigua.

La Biblia nos enseña que, al nacer de nuevo, el cristiano vive con dos naturalezas en tensión:

- **La naturaleza carnal:** con la que nacemos — marcada por el egoísmo, el orgullo, los impulsos desordenados y la rebelión contra Dios.
- **La nueva naturaleza espiritual:** recibida cuando nacemos del Espíritu — una naturaleza que desea vivir según los principios del Reino de Dios, obedecer su Palabra y reflejar el carácter de Cristo.

Pablo describe este conflicto interno en Gálatas 5:17: **“Porque esta desea lo que es contrario al Espíritu y a su vez el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren”**. Esta batalla ocurre todos los días, en decisiones simples: ¿Perdonar o guardar rencor? ¿Decir la verdad o ceder a la mentira conveniente? ¿Pasar tiempo con Dios o dejarse absorber por el ritmo frenético del mundo? Es una guerra silenciosa, pero muy real dentro de nosotros.

Una pregunta inevitable surge: *“¿Hasta cuándo viviré esta tensión? ¿Hasta cuándo sentiré esta lucha dentro de mí?”* La Palabra de Dios nos da una respuesta de esperanza en 1 Corintios 15:53-54: **“Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible y lo mortal, de inmortalidad...”**

En otras palabras, mientras estemos en este cuerpo mortal e imperfecto, seguiremos experimentando la batalla. Pero llegará el día glorioso en que Jesús

transformará nuestro cuerpo y nuestra mente — entonces la naturaleza carnal será completamente removida y viviremos en perfecta armonía con la voluntad de Dios.

Nahúm 1:9 profetiza que vendrá el tiempo en que **el mal no se levantará por segunda vez** — el pecado tendrá un fin definitivo.

Por lo tanto, no te desespere por seguir luchando contra el pecado. La propia lucha es señal de vida espiritual. Solo lucha quien está vivo. Quien está “muerto” espiritualmente ni siquiera siente conflicto — simplemente se entrega al pecado sin resistencia. Si tú sientes esta batalla, alégrate, porque significa que el Espíritu de Dios está actuando en ti. Y la buena noticia es que no luchamos solos — Dios nos da armas y estrategias para la victoria diaria.

Cinco pasos para crecer en Cristo

Mientras esperamos la redención final de nuestro cuerpo y la erradicación completa del pecado, Dios nos llama a crecer diariamente en la vida espiritual. Aquí tienes cinco pasos prácticos para fortalecer la nueva naturaleza y vencer la antigua:

1. **Ora todos los días.** Jesús dijo: *“Separados de mí, no pueden hacer nada”* (Juan 15:5). La oración no es solo un ritual religioso, sino un estilo de vida de dependencia de Dios. Conversa con Dios diariamente; es a través de la oración que recibimos poder para vencer las tentaciones.
2. **Estudia la Biblia diariamente.** La Biblia es lámpara para nuestros pies en la oscuridad del mundo (Salmo 119:105). Cuanto más llenamos la mente con la Palabra, más el Espíritu Santo nos recuerda su verdad en la hora de la tentación.
3. **Mantén un cántico en el corazón.** La música tiene poder sobre nuestras emociones y pensamientos. Cantar alabanzas o escuchar himnos eleva el espíritu y debilita las tentaciones de la carne. Prueba comenzar el día o enfrentar momentos difíciles alabando y verás la diferencia.
4. **Comparte tu fe.** Hablar del amor de Dios fortalece tu propia fe. Al testimoniar lo que Cristo ha hecho por ti, reavivas la alegría de la salvación y recuerdas quién eres en Cristo.
5. **Reúnete con otros cristianos.** Jesús estableció la iglesia como una familia de fe para apoyarnos mutuamente. No camines solo. Participa regularmente de la comunión con hermanos, cultos y Grupos Pequeños que te dan ánimo y te ayudan a permanecer firme.

Seguir estos pasos no elimina mágicamente nuestra naturaleza pecaminosa, pero alimenta la naturaleza espiritual para que prevalezca en el conflicto diario.

Jesús transforma tu vida

Cuando Cristo entra en tu vida, transforma tu carácter, no necesariamente tu personalidad innata. La conversión es un cambio de dirección, no de identidad individual. Si eras una persona extrovertida antes de conocer a Cristo, probablemente seguirás siéndolo, pero ahora esa característica será usada para la gloria de Dios. Dios no destruye lo que somos; él redime lo que somos, limpiando el pecado y potenciando lo bueno.

Muchos cristianos, sin embargo, se sienten paralizados espiritualmente, como si estuvieran estancados, incapaces de crecer. Tal vez te identifiques: a pesar de conocer la verdad, sientes que tropiezas con los mismos errores y no avanzas. ¡Debes saber que Jesús te llama a una vida de plenitud y crecimiento continuo! ¡No aceptes la parálisis espiritual como algo normal!

Ilustración: El paralítico de Betesda

En el Evangelio de Juan, capítulo 5, Jesús encontró a un hombre paralítico junto al estanque de Betesda. Ese hombre llevaba enfermo treinta y ocho años. Jesús le preguntó: *“¿Quieres quedar sano?”* —parece una pregunta obvia, pero es necesaria. El paralítico respondió: *“Señor, no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando se agita el agua. Y cuando trato de hacerlo, otro se mete antes”* (Juan 5:7, NVI). Él pensaba que la sanidad dependía de las aguas de ese estanque. Pero Jesús le mostró que la solución no estaba en supersticiones ni en recursos humanos, sino en el poder de Dios: *“¡Levántate, recoge tu camilla y anda! Y el hombre quedó sano en ese mismo instante”* (Juan 5:9, NVI).

Hoy, muchos están espiritualmente en la misma situación que ese paralítico. Se sienten atrapados, impotentes, creyendo que su victoria depende de algo místico o de una fuerza que no tienen. Algunos confían en que el dinero resolverá sus problemas, otros depositan su esperanza en la “suerte” o en cambios externos, otros incluso asisten a la iglesia, pero como un ritual vacío, sin entreagar realmente el corazón.

Nada de eso puede salvarnos o transformarnos. ¡Solo Jesús puede darnos una vida nueva! Él nos dice, como al paralítico: *“¡Levántate y anda!”* Es decir, cree en mi poder, actúa con fe, sal del estancamiento.

Tal vez hayas depositado tu esperanza en cosas pasajeras:

- Dinero
- Suerte o destino
- Conocimientos humanos
- Religiosidad vacía (cumplir reglas sin una relación real con Dios).

Ninguna de estas “muletas” puede sanar el alma. Pero si confías en Jesús y obedeces su palabra, aunque parezca imposible, él transforma tu vida y te pone de pie.

Invitación y llamado

Hoy, Jesús te invita a dejar tu parálisis espiritual y caminar en una vida nueva. Así como le dijo a aquel hombre impotente que se levantara, él te dice:

“Yo te doy fuerza para levantarte, para vencer el pecado que te ata, para caminar a mi lado”.

¿Estás listo para entregarle completamente tu vida? ¿Estás dispuesto a renunciar a las excusas, las dependencias equivocadas y a confiar de todo corazón en el poder de Dios?

¡Ven a los brazos del Salvador y experimenta la verdadera transformación! En Cristo, la vieja naturaleza puede ser vencida día a día, y la nueva naturaleza —creada según Dios— prevalecerá. La victoria ya fue conquistada por Jesús; ahora tómalala viviendo en comunión con él en cada momento.



SERMÓN 5

UN MUNDO DE LEYES

Textos clave: Éxodo 20:3-17; Efesios 2:8-9; Romanos 7:7; 1 Juan 3:4.

Introducción

La historia de la humanidad está marcada por luchas en nombre de la libertad. Revoluciones y guerras se han librado para conquistar derechos y autonomía. Todos anhelamos ser **libres**. Sin embargo, muchas personas confunden libertad con ausencia total de reglas.

¿Será que la verdadera libertad significa vivir sin ninguna ley? En realidad, la verdadera libertad no es la ausencia de reglas, sino vivir dentro de los principios de Dios, que son perfectos y liberadores. Piensa en esto: el ser humano recibió el mayor don —el **libre albedrío**, la capacidad de elegir. Pero no siempre hacemos las mejores elecciones, ¿verdad? Nuestra tendencia natural muchas veces es preferir lo que agrada en el momento, sin considerar las consecuencias a largo plazo.

Pregúntate: *¿Por qué tantas veces nos atrae justamente lo que no nos hace bien?* ¿Por qué la fruta prohibida parece más atractiva? Dios, que nos creó, sabía que el mal uso de la libertad traería tragedias. Por eso estableció **principios para preservar nuestra vida y felicidad**. Nos dio leyes no para oprimirnos, sino para protegernos.

Desarrollo bíblico

Desde el principio, Dios dio al ser humano la libertad de elegir su camino.

En el Jardín del Edén, había una única restricción:

“(…) Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer (…)” (Génesis 2:16-17, NVI).

Adán y Eva decidieron usar mal esa libertad —desobedecieron— y enfrentaron las consecuencias inmediatas: culpa, miedo y, finalmente, la muerte entró en el mundo. Comprendieron, demasiado tarde, que las leyes de Dios no son restricciones arbitrarias, sino protección para nuestra vida y bienestar.

El rechazo de las normas divinas

El ser humano, en su rebeldía, tiene dificultad para aceptar reglas y muchas veces las interpreta como limitaciones injustas a su libertad. Muchos claman por “libertad”, pero terminan siendo esclavos de sus propios vicios y pasiones desordenadas. La Biblia dice en Deuteronomio 30:19: **“Hoy (...) te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida (...)”**. Dios coloca delante de ti elecciones y te llama a elegir lo que conduce a la vida.

Imagina esta ilustración: En un zoológico, hay un cartel que dice: *“No metas la mano en la jaula de los leones”*. Esa regla no es una limitación injusta de tu libertad como visitante; al contrario, es una protección para salvar tu vida. Así son los mandamientos de Dios —cercas de protección alrededor de abismos, para evitar que nos destruyamos.

La Ley de Dios y su relevancia

Dios reveló su voluntad moral de forma clara en los Diez Mandamientos (Éxodo 20:3-17). El Salmo 19:7 declara: *“La ley del Señor es perfecta, y da nueva vida”*. Los principios divinos son perfectos; el problema nunca ha estado en la Ley, sino en el corazón humano.

Hoy muchos creen que la Ley fue dada solo para el antiguo Israel y que, ahora que vivimos bajo la gracia en Cristo, ya no necesitamos obedecerla. Después de todo, la Biblia dice: **“Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe... no por obras, para que nadie se jacte”** (Efesios 2:8-9, NVI). Entonces, si la salvación es por gracia y no por obras de la ley, ¿estamos “libres” de los mandamientos?

Necesitamos entender bien: La gracia nos salva, pero eso no significa que estamos libres para vivir sin ley. Pablo pregunta en Romanos 6:15: *“¿Vamos a pecar porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera!”*.

La función de la ley no es salvar —quien salva es Cristo solamente (Hechos 4:12). La ley, sin embargo, revela el pecado. Romanos 7:7 dice: *“si no fuera por la Ley, no me habría dado cuenta de lo que es el pecado”*. Si no hubiera ley, no habría pecado; si no hubiera pecado, no necesitaríamos gracia. Por lo tanto, la existencia continua del pecado en el mundo muestra que la ley de Dios sigue vigente para señalar el error. 1 Juan 3:4 define: “El pecado es la transgresión de la ley”. Si la ley ya no estuviera en vigor, entonces nadie más pecaría —lo cual claramente no es el caso.

El papel de la Ley y de la gracia

La Ley de Dios sigue vigente como estándar de vida, pero ¿quién está bajo la maldición de la ley? Gálatas 3:10 lo explica claramente: “Todos los que dependen de las obras que demanda la ley están bajo maldición, porque está escrito: ‘Maldito todo el que no practica fielmente todo lo que está escrito en el libro de la ley’” (Gálatas 3:10, NVI). Esto no significa que la ley sea maldita, sino que aquellos que intentan alcanzar la salvación por medio de la obediencia a la ley están bajo maldición, porque nadie puede cumplirla perfectamente por sí mismo. Todos hemos pecado, por lo tanto, si tratamos de justificarnos por la ley, ella nos condena.

¿A quién condena la ley? Solo al transgresor. Piensa en una ley de tránsito: “No cruces con el semáforo en rojo”. ¿Quién es castigado? Solo quien desobedece y lo cruza. De la misma manera, la ley de Dios condena al pecador, al desobediente. Y, de hecho, todos hemos pecado, así que todos estábamos condenados por la ley. Pero aquí entra la maravillosa gracia: Cristo pagó nuestra multa, nuestra pena, tomando sobre sí la maldición que nos correspondía.

Ahora, por la fe en Jesús, somos salvos y ya no estamos condenados por la ley. Pero surge la pregunta: “¿Entonces la ley fue anulada por la fe?”. Pablo responde enfáticamente: **“¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley”** (Romanos 3:31, NVI). La gracia de Cristo **confirma** la santidad de la ley, porque si fuera posible abolir la ley para salvarnos, Jesús no habría necesitado morir. La cruz demuestra que la ley de Dios es inmutable: el precio del pecado tuvo que ser pagado, y fue pagado por Jesús.

La ley funciona como un espejo: muestra nuestros errores, pero no puede limpiarnos. Si tú miras al espejo y ves tu rostro sucio, no usas el espejo para

limpiarte —eso sería inútil. Necesitas agua y jabón. De la misma manera, la ley muestra tu pecado, pero solo la sangre de Jesús puede purificarte. No tiramos el espejo (no abolimos la ley); en cambio, usamos el “agua viva” del perdón de Cristo para lavarnos.

Jesús y la obediencia

Jesús no vino para abolir la ley, sino para capacitarte a obedecerla por amor. Él mismo afirmó: **“Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos”** (Juan 14:15). Obedecer no es una carga para quien ama; es una respuesta natural de amor. 1 Juan 2:3-5 dice que sabremos que conocemos a Dios si obedecemos sus mandamientos, y quien dice que lo conoce, pero no los obedece “es un mentiroso, y la verdad no está en él”. Esto es fuerte, pero revela que la obediencia es fruto de la verdadera relación con Dios.

Importante: No obedecemos para ser salvos, obedecemos porque ya hemos sido salvos por la gracia de Jesús y lo amamos por eso. Es la diferencia entre intentar ganar el favor de Dios (religión legalista) y obedecer con gratitud por haber recibido un favor inmerecido (relación de amor).

El peligro de la desobediencia

Jesús alertó sobre el peligro de una religiosidad aparente sin obediencia verdadera. En Mateo 7:21-23, describe personas que en el día final dirán “Señor, Señor” y mencionarán obras hechas en su nombre, pero él les responderá: “Nunca los conocí; aléjense de mí, ustedes que practican la maldad”. La palabra “maldad” significa vivir sin ley o en desobediencia deliberada.

Esto nos enseña que no basta con decir “Señor” de labios para afuera. Es necesario dejar que Cristo sea Señor de verdad, moldeando nuestra vida según sus mandamientos. De lo contrario, corremos el riesgo de una falsa seguridad. La verdadera conversión lleva a una obediencia amorosa.

Aplicación práctica

- **La verdadera libertad solo existe dentro de los principios de Dios.** Fuera de ellos, lo que parece “libertad” termina siendo esclavitud del pecado.
- **La ley de Dios no puede salvar, pero nos muestra nuestro pecado y nuestra necesidad de un Salvador.** Valora ese papel de la ley y deja que te lleve a Cristo cada día.

- **Vivir bajo la gracia no significa permiso para desobedecer.** Al contrario, significa poder del Espíritu para obedecer. La gracia no nos hace “sin ley”, sino que nos capacita para cumplir la ley por amor.
- **La obediencia es una respuesta de amor.** Pide a Dios que escriba su ley en tu corazón (Hebreos 8:10). Así, obedecer no será penoso, sino una alegría, porque será la expresión del carácter de Cristo en ti.

Invitación y llamado

Hoy, Dios te invita a vivir una vida de obediencia y plenitud en Cristo. Tal vez tú has visto los mandamientos de Dios como algo pesado o restrictivo. Pero el Señor quiere que los veas como él los ve: una expresión de su amor por ti, caminos para tu felicidad y protección.

Jesús dijo: “Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (Juan 8:32). La verdad incluye su ley de amor. ¿Quieres probar la verdadera libertad? Sométete a Cristo y a sus principios. Deja que Jesús sea el Señor de cada área de tu vida.

Dios está buscando hombres y mujeres que, por amor, digan: “Señor, escribe tu ley en mi corazón; ayúdame a vivir conforme a tu voluntad.” ¿Quieres hacer ese compromiso hoy? Entrégate por completo a Jesús. Él perdona tus transgresiones pasadas (por gracia) y, a partir de ahora, te capacita para vivir, dentro de los hermosos planes que él ha trazado.

Sé libre de la culpa del pecado por la gracia, y sé libre del poder del pecado por la obediencia mediante el Espíritu. ¡Esa es la verdadera libertad de los hijos de Dios!

Elige hoy vivir esa libertad en Cristo, caminando en sus caminos con alegría.



SERMÓN 6

EL REMEDIO DIVINO PARA EL ESTRÉS

Textos claves: Génesis 2:1-3; Marcos 2:27-28; Éxodo 20:8-11; Mateo 24:20.

Introducción

¿Alguna vez has tenido noches de insomnio? ¿Te has sentido exhausto, sin energía, con dolor de cabeza e incluso con ganas de llorar sin motivo aparente? El mundo moderno nos empuja a un ritmo frenético que nos agota mental, física y espiritualmente. Vivimos en la era de la prisa, donde parece que nunca hay suficiente tiempo.

Pero Dios tiene un plan amoroso para cada ser humano en relación con esto. Cuando creó a Adán y Eva, los colocó en una vida equilibrada, llena de paz. Sin embargo, al elegir desobedecer, la humanidad perdió ese equilibrio perfecto, sumergiéndose en un ciclo de ansiedad, miedo y estrés.

Hoy, muchas personas intentan llenar el vacío y aliviar el estrés con trabajo excesivo, una búsqueda frenética de éxito financiero o placeres momentáneos. Pero nada de eso trae verdadera paz al corazón. Por el contrario, lo que vemos es un índice alarmante de depresión, agotamiento extremo y otras enfermedades relacionadas con un estilo de vida sobrecargado.

Dios, sin embargo, preparó un remedio divino para restaurar al ser humano de ese desgaste. Un regalo especial venido directamente del Creador, capaz de renovar nuestras fuerzas y reconectarnos con lo que realmente importa.

Desarrollo bíblico

Dios creó el descanso

Desde la creación del mundo, Dios nos dio el ejemplo y el mandamiento del descanso. La Biblia dice:

“Así quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido” (Génesis 2:1-3, NVI).

Dios descansó en el séptimo día no porque estuviera cansado – al fin y al cabo, “el Creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa” (Isaías 40:28). Descansó para enseñarnos la necesidad de parar, reflexionar y conectarnos con él periódicamente. El séptimo día fue bendecido y santificado por Dios en la creación como un día especial.

Jesús reforzó esta idea cuando declaró: **“El sábado se hizo para el ser humano, y no el ser humano para el sábado”** (Marcos 2:27, NVI). Es decir, el sábado es un regalo de Dios para el beneficio del ser humano – para nuestro descanso, para nuestro bien.

Desde el Edén, por lo tanto, existe ese “remedio” en el tiempo: un día separado para descanso físico, mental y espiritual.

La importancia del sábado en la vida moderna

Dios estableció el sábado como un día especial de descanso y renovación espiritual. En nuestros días, ¡cuántos están sobrecargados, sin tiempo para Dios ni para sí mismos! El ritmo acelerado de la vida moderna genera un cansancio emocional y espiritual profundo.

Dios instituyó el sábado justamente para que la humanidad pudiera reconectarse con él, con la familia y consigo misma. Es un regalo divino muchas veces descuidado. No es de extrañar que el enemigo de Dios haya intentado hacer que las personas se olviden de ese regalo. Al fin y al cabo, ¿quién gana cuando el ser humano está exhausto y distante de Dios? Solo el enemigo.

Por eso, en los Diez Mandamientos, Dios nos dice: **“Acuérdate del sábado, para santificarlo. Seis días trabajarás... pero el séptimo día será de descanso para Jehová tu Dios. No harás en él obra alguna...”** (Éxodo 20:8-10). La palabra clave es “acuérdate”, porque tendemos a olvidar detenernos.

Es importante destacar: el sábado no fue dado solo a los judíos, sino a toda la humanidad allá en la Creación, mucho antes de que existiera cualquier pueblo de Israel. Jesús enseña que fue hecho “por causa del hombre”, es decir, para beneficio de todos los seres humanos. El sábado es un antídoto contra el ateísmo (pues nos recuerda al Creador), contra la idolatría (pues nos lleva a adorar al Dios verdadero) y contra la esclavitud del materialismo (pues nos hace dejar de producir y consumir para simplemente ser, y no solamente hacer).

En el mandamiento del sábado en Deuteronomio 5:15, Dios añade un aspecto: *“Acuérdate de que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te sacó de allá (...), por lo cual Jehová, tu Dios, te ha mandado que guardes el sábado”*. Así como Dios liberó a Israel de la esclavitud de Egipto, el sábado nos recuerda que él desea liberarnos de la esclavitud del estrés, del trabajo sin fin, de la opresión moderna. Es un día para experimentar libertad y restauración.

El sábado en el Nuevo Testamento

Algunos piensan que el sábado fue sustituido por el domingo después de la resurrección de Jesús. Sin embargo, no hay ninguna evidencia bíblica de que el séptimo día haya dejado de ser santo o que Dios haya transferido la santidad del sábado a otro día. Esa idea de cambio vino más tarde por tradición humana, no por la Escritura.

En el Nuevo Testamento, el sábado se menciona 58 veces, siempre como un día de reposo, culto o actos de misericordia. Jesús guardaba el sábado y al mismo tiempo corregía las tradiciones humanas que habían transformado el día de descanso en una carga. Él declaró con autoridad: *“El Hijo del hombre es Señor incluso del sábado”* (Marcos 2:28), mostrando que tenía derecho de restaurar el sábado a su propósito original.

En su profecía sobre los últimos días, Jesús aconsejó a los discípulos que oraran para que, cuando vinieran tiempos de persecución y huida, eso no tuviera que suceder “en sábado” (Mateo 24:20). ¿Por qué Jesús mencionaría eso si el sábado ya no importara en el futuro? Porque él sabía que sus seguidores continuarían observando el sábado y que sería difícil tener que huir en un día dedicado al Señor.

Después de la muerte de Jesús, vemos que sus seguidores continuaron respetando el sábado. Por ejemplo, las mujeres que preparaban especias para ungir el cuerpo de Jesús suspendieron sus trabajos *“en el día sábado, conforme al mandamiento”* (Lucas 23:56), y recién fueron al sepulcro en el primer día de la semana. Esto muestra que incluso después de la cruz, los discípulos honraban el sábado.

La bendición del descanso

En un mundo dominado por el materialismo y por el ritmo frenético, Dios nos invita a descansar en él. El sábado es como un oasis en el desierto del estrés: un tiempo sagrado para parar, respirar, adorar y recordar lo que realmente importa.

El sábado nos recuerda algunas verdades vitales que frecuentemente olvidamos:

- Nuestra **seguridad** no está en nuestro trabajo ni en el dinero, sino en Dios, que cuida de nosotros.
- Nuestra **identidad** no está en nuestra productividad ni en lo que conquistamos, sino en ser hijos e hijas de Dios.
- La vida no se resume en correr tras conquistas materiales; el propósito mayor de la vida es estar en comunión con el creador y unos con otros.

Dios sabía que, sin un tiempo para reorientar esas prioridades cada semana, nos perderíamos fácilmente en el caos. Por eso, Jesús dice que el sábado fue hecho para nuestro bien, para bendecirnos.

Aplicación práctica

- **Reserva el sábado para Dios.** Usa ese día para la adoración, para el descanso real y para fortalecer los lazos familiares y espirituales. Desconéctate de las presiones del trabajo y de las preocupaciones seculares, y conéctate con el Señor y con quienes amas.
- **Reevalúa tu estilo de vida.** Detente y reflexiona: ¿estás viviendo de forma equilibrada o estás consumido por el estrés constante? El sábado es una invitación semanal de Dios para evaluar nuestra vida y hacer ajustes, si es necesario.
- **Confía en que Dios proveerá.** Guardar el sábado es un acto de confianza. Es decir: “Señor, creo que no es mi trabajo incesante lo que garantiza mi sustento, sino tu bendición”. Cuando priorizamos a Dios, él prometió cuidar de nosotros. A veces, dejar de trabajar en sábado puede parecer un sacrificio financiero o académico, pero Dios honra a quienes lo honran.

Ilustración

En 2017, un grupo de estudiantes de Medicina de la Unesp, campus de Botucatu, recibió la noticia de que la concurrida prueba de residencia seguiría organizada para el sábado, algo que ocurría desde hacía al menos diez años. En lugar

de negociar principios o abandonar el sueño, redactaron una carta explicando bíblicamente por qué guardaban el cuarto mandamiento y recurrieron a las garantías constitucionales de libertad religiosa. Parecía imposible convencer a una universidad pública de alterar toda la logística de un examen aplicado en dos etapas, con cientos de fiscales y candidatos. Sin embargo, después de meses de oración y diálogo respetuoso, la institución aceptó ofrecer un horario alternativo al atardecer.

Ese sábado, mientras los demás candidatos hacían la prueba, los estudiantes adventistas permanecieron reunidos en una sala reservada, orando con familiares y amigos. Al caer el sol, finalmente se sentaron frente a las preguntas, descansados en la certeza de que la fidelidad vale más que cualquier concurso. El precedente abrió puertas para otros observadores del sábado en procesos selectivos similares y se convirtió en un poderoso testimonio de que Dios honra a quienes lo honran.

Tal vez tú también enfrentes plazos, metas o evaluaciones que presionen tu descanso semanal. Recuerda a esos jóvenes: el Dios que creó el sábado sigue interviniendo cuando sus hijos deciden confiar más en su provisión que en su propio desempeño.

Invitación y llamado

Dios desea aliviar tu carga y darte descanso. Él hace una invitación especial:

“Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mateo 11:28, NVI).

¿Quieres aceptar el descanso que Dios te ofrece? ¿Quieres confiar más en Dios y menos en la locura de este mundo? Hoy, Dios te invita a experimentar el verdadero descanso espiritual que él planeó.

Entrega tu corazón a él y disfruta del remedio divino para el estrés. Al abrazar el regalo del sábado y la presencia de Jesús, encontrarás paz para la mente, renovación para el cuerpo y fortalecimiento para la fe. ¡Acepta esta invitación del Señor y descubre la diferencia que él hace en tu vida física y espiritual!



SERMÓN 7

ES POSIBLE COMENZAR DE NUEVO

Textos clave: Salmo 51:5; Romanos 8:1

Introducción

Todos nosotros, en algún momento, hemos deseado poder empezar de nuevo. ¿Quién no ha querido borrar un error del pasado e intentarlo de nuevo haciéndolo bien esta vez? La Biblia afirma en Salmo 51:5 que nacemos con una naturaleza inclinada al pecado, y Jeremías 17:9 declara: **“Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?”**. Estas verdades pintan un retrato sincero de nuestra condición humana. Estamos marcados por el pecado y, por nosotros mismos, tendemos a fallar repetidamente.

Nuestra naturaleza pecaminosa se refleja en actitudes impulsivas: a veces explotamos de ira, herimos a quienes amamos, nos arrepentimos después... pero volvemos a cometer los mismos errores. Entonces surge la pregunta: ¿Es posible cambiar? ¿Podemos realmente comenzar de nuevo y ser diferentes?

La respuesta en Dios es: ¡Sí! Hoy aprenderemos cómo Dios puede darte un nuevo comienzo, una verdadera transformación de vida.

Desarrollo bíblico

Muchas veces buscamos soluciones superficiales para problemas profundos. Por ejemplo: el mundo intenta prevenir el SIDA solo distribuyendo preservativos, pero olvida enseñar sobre pureza y fidelidad conyugal. Intentamos tapar los baches de la vida sin reparar la base. Jesús, sin embargo, quiere sanar la raíz

del problema. Y eso implica confrontar nuestro pecado y permitir que él nos transforme desde dentro.

La gran verdad es que no somos nosotros quienes buscamos a Dios, sino él quien nos busca.

Desde el Edén, el ser humano huye de Dios: “(...) oyeron que Dios el Señor andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles para que Dios no los viera. Pero Dios el Señor llamó al hombre y dijo: —¿Dónde estás?” (Génesis 3:8-9, NVI).

Aún hoy, muchas veces levantamos barreras para huir de Dios. ¿Cuántas veces hemos dicho (o escuchado) excusas como:

- *“Estoy muy ocupado con el trabajo”*
- *“Cuando termine la universidad, entonces pensaré en Dios”*
- *“He ido demasiado lejos; ya no hay esperanza para mí”*

Pero la verdad es que nunca hemos ido demasiado lejos para la gracia de Dios.

Él sigue llamándonos: “¿Dónde estás?” — no porque no sepa dónde estamos, sino para que reconozcamos nuestra necesidad y regresemos a él.

Dios tomó la iniciativa de buscarnos. Vino a nuestro encuentro en Cristo para ofrecernos un nuevo comienzo. Romanos 5:8 dice: **“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”** (Romanos 5:8). Jesús es el buen Pastor que deja las 99 ovejas seguras y va en busca de la que se perdió.

El ejemplo de Pedro y Judas

Dos discípulos de Jesús fallaron trágicamente: Pedro y Judas. Pedro negó conocer a Jesús tres veces. Judas lo traicionó por unas monedas de plata. Ambos lloraron por sus errores, pero sus historias tomaron rumbos diferentes. ¿Cuál fue la diferencia?

Pedro, aunque cayó profundamente, se arrepintió sinceramente y volvió a Jesús, recibiendo perdón y una nueva misión. Judas, en cambio, solo sintió remordimiento y, en lugar de buscar perdón, se entregó a la desesperación.

Dios nos muestra a través de estos ejemplos que todos podemos fallar, pero el nuevo comienzo se da a quien se arrepiente y busca la misericordia divina. No

confundas arrepentimiento con remordimiento: el arrepentimiento te lleva de vuelta a Dios; el remordimiento sin esperanza te aleja aún más.

Dios ofrece perdón y restauración a cualquiera que venga a él con un corazón contrito. **“Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad”** (1 Juan 1:9, NVI). No importa cuán profundo hayas caído, Cristo puede levantarte.

Dios inicia la transformación

Es fundamental entender que el proceso de transformación **comienza con Dios buscando al ser humano**, no al revés. Jesús dijo: **“Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me envió (...)”** (Juan 6:44, NVI). El Espíritu Santo trabaja en nuestro corazón, convenciéndonos de pecado, justicia y juicio (Juan 16:8), despertando en nosotros el deseo de cambio.

Cuando finalmente dejamos de huir y respondemos al llamado de Dios, él nos ofrece perdón y un nuevo nacimiento espiritual: **“Por lo tanto, ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”** (Romanos 8:1, NVI). En Cristo, el pasado culpable es borrado y una nueva vida comienza.

¿Cómo puede Dios darme un nuevo comienzo?

La Biblia nos enseña algunos pasos prácticos para recibir de Dios un nuevo comienzo, una vida transformada:

1. **Reconocer y confesar el pecado:** Admitir honestamente dónde hemos fallado. *“Pero te confesé mi pecado y no te oculté mi maldad (...)”* (Salmo 32:5, NVI). No hay restauración sin arrepentimiento genuino.
2. **Creer en la misericordia de Dios:** Tener fe en que Dios es perdonador y desea limpiarnos. *“Tú, Señor, eres bueno y perdonador; tu gran amor se derrama sobre todos los que te invocan”* (Salmo 86:5, NVI).
3. **Aceptar el perdón y vivir una nueva vida:** Apropiarse de la gracia ofrecida en Jesús. *“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (Juan 3:16, NVI). Significa creer que, por causa de Cristo, **tú estás perdonado** y puedes comenzar de nuevo, viviendo según su voluntad.

Aplicación práctica

- **¡Para de huir!** Dios te está llamando por tu nombre. No importa lo que pasó ayer, hoy él te ofrece perdón y oportunidad de cambio.

- **No dejes que el pasado defina tu futuro.** En Cristo, todo puede ser hecho nuevo.
- **Arrepiéntete sinceramente, no solo con remordimiento pasajero.** Entrega tus errores a Dios y permite que él transforme tu corazón.
- **Confía en el poder del Espíritu Santo para transformar tu vida.** Lo que tú no puedes cambiar por ti mismo, Dios lo hace por medio de su Espíritu obrando en ti.

Ilustración

Un hombre intentaba reparar su auto averiado en la carretera. Levantó el capó, ajustó aquí y allá, pero el motor no arrancaba. De pronto, un anciano se acercó y se ofreció a ayudar. El hombre dudó, pero aceptó. El anciano ajustó unos cables, apretó unos tornillos y en pocos minutos el auto funcionaba perfectamente.

Sorprendido, el dueño preguntó: — ¿Cómo lo arregló tan rápido? El anciano sonrió y respondió: — Me llamo Henry Ford. Yo diseñé y construí este auto; sé exactamente cómo repararlo.

Dios es nuestro Creador. Él nos diseñó y sabe cómo restaurar nuestra vida. Muchas veces intentamos arreglar nuestros problemas por cuenta propia, pero solo Dios puede restaurarnos completamente. Puedes seguir arrastrando el peso de tus errores o puedes entregarte en manos del Creador y ser restaurado. La elección es tuya.

Invitación y llamado

Hoy, Dios te pregunta: “¿Dónde estás?” No porque no sepa, sino porque quiere que reconozcas dónde estás y decidas volver a sus caminos.

No importa cuán lejos hayas ido, cuán rota esté tu vida o cuán pesado sea el fardo de tu pasado. Jesús ofrece perdón y un nuevo comienzo. Él ya pagó el precio de tus pecados en la cruz. Ahora te llama a dejar toda culpa, todo pecado, a los pies de la cruz y levantarte como una nueva persona.

¿Quieres responder a ese llamado? Acepta hoy el perdón de Dios y vive una nueva vida. **“Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva dentro de mí un espíritu firme”** (Salmo 51:10, NVI). Esa puede ser tu oración ahora. Dios está dispuesto a recrear tu historia. Ven y permite que él te transforme por completo.



SERMÓN 8

EL MAYOR ESPECTÁCULO

Textos clave: Mateo 24:26-27, 36-44

Introducción

Vivimos en un mundo donde las palabras han perdido peso. Las promesas se hacen con facilidad y se rompen con la misma rapidez. Eso hiere, cansa y destruye la confianza.

Tal vez tú ya te hayas decepcionado con alguien que prometió estar a tu lado... y no estuvo. Puede haber sido en un matrimonio que comenzó con promesas de amor eterno, pero terminó en silencio y distancia. O en una oferta de trabajo que parecía el cumplimiento de un sueño, pero nunca se concretó. Quizás fue esa amistad en la que confiabas, pero que se mostró frágil justo cuando más la necesitabas.

Estas experiencias nos marcan profundamente. Después de tantas decepciones, es común comenzar a dudar de todo y de todos. Peor aún: algunos proyectan esa desconfianza incluso en Dios, preguntándose si sus promesas también podrían fallar.

Pero aquí hay una verdad que necesita ser reafirmada con toda fuerza: Dios no es como el ser humano. Él no miente, no engaña, no se retracta de sus promesas.

La promesa más fiel: La segunda venida de Jesús

Entre todas las promesas de Dios, hay una que se destaca como el ancla de la esperanza cristiana: la promesa del regreso de Jesucristo. Fue el propio Señor Jesús quien nos aseguró:

“No se angustien. Confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas. (...) vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté” (Juan 14:1-3, NVI).

Jesús no hizo esta promesa solo para consolar a los discípulos de aquella época. Él habló mirando a través de los siglos, a cada uno de nosotros que viviríamos en un mundo lleno de promesas humanas rotas. La Palabra de Jesús es un faro en medio de la oscuridad de la duda.

Aplicación

Cuando todo parezca incierto —cuando las relaciones fallen, cuando incluso tu fe esté debilitada por las decepciones— recuerda: Jesús prometió volver y lo cumplirá. Esa promesa no depende de sentimientos ni de circunstancias actuales; está garantizada por la fidelidad del propio Dios.

Imagina la escena: el novio y la novia frente al altar. El pastor hace las preguntas del compromiso y la respuesta llega clara y firme: *“Sí, lo prometo”*. Es un momento solemne, lleno de emoción. Pero con el tiempo, muchos de esos votos humanos se desvanecen; lo que era promesa se convierte en pasado olvidado.

Sin embargo, Dios no es un novio inconstante. Él es fiel. Ha hecho una alianza con nosotros, sellada con la sangre de Cristo. Prometió que vendrá a buscar a su novia, la Iglesia, y esa promesa no será olvidada ni cancelada. **“(…) Aparecerá por segunda vez ya no para cargar con pecado alguno, sino para traer salvación a quienes lo esperan” (Hebreos 9:28, NVI).** Podemos confiar plenamente en esto.

¿El arrebatamiento será secreto?

Existe una doctrina popular hoy en día, difundida por libros y películas como la serie “Dejados atrás”, que sugiere un rapto secreto de los salvos. Pero debemos preguntar: ¿Tiene base bíblica esta idea? La respuesta es: no, no la tiene.

La Biblia afirma que el regreso de Jesús será visible, audible y glorioso. Jesús dijo: **“Porque, así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (Mateo 24:27, NVI).** Y en Apocalipsis 1:7 leemos: **“Miren que viene en las nubes, y todos lo verán con sus propios ojos (...).”** ¡No hay nada secreto en eso!

Muchos prefieren creer en un rapto secreto quizás porque imaginar un evento tan dramático y definitivo causa temor. Pero Jesús nos advirtió claramente

en Mateo 24:36-44 que su venida sorprenderá a muchos, como en los días de Noé —no porque será secreta, sino porque estarán desatentos y desprevenidos. **“Así será también la venida del Hijo del hombre”** —los que no estén preparados serán sorprendidos, así como en el diluvio muchos ignoraron las advertencias de Noé.

Las señales de los tiempos señalados por Jesús —guerras, hambre, terremotos, aumento de la maldad y del engaño (Mateo 24:6-12)— están ocurriendo a nuestro alrededor. El dolor, la injusticia y el sufrimiento que vemos tienen un límite establecido por Dios. ¡Él intervendrá en la historia para restaurar la justicia!

Aplicación práctica

- **Dios es fiel y siempre cumple sus promesas.** Él prometió volver y volverá. Podemos descansar en esa certeza.
- **Jesús regresará en gloria y todo ojo lo verá.** No te dejes engañar por teorías sin fundamento bíblico —la segunda venida será un evento real y espectacular que nadie podrá ignorar.
- **Seamos fieles a Dios constantemente, no solo en el último momento.** La preparación para encontrarnos con Jesús es diaria, viviendo en comunión con él hoy.
- **Las señales del regreso de Cristo ya se están cumpliendo.** Esto nos motiva a vivir con esperanza y santidad, esperando el gran día del Señor.

Invitación y llamado

La Biblia nos asegura: “Cristo (...) Aparecerá por segunda vez (...) para traer salvación a quienes lo esperan” (Hebreos 9:28, NVI). La pregunta es: ¿Estás esperando y preparado para ese encuentro? No lo dejes para después; no permitas que las distracciones o decepciones de la vida te alejen de esta esperanza.

Si hoy tú reconoces que no estás preparado, Dios te da la oportunidad ahora mismo de entregarte completamente a Jesús. No esperes hasta que sea demasiado tarde. Entrega tu vida a Cristo hoy y comienza a vivir con verdadera esperanza.

El mayor espectáculo de la historia está por suceder —el glorioso regreso de Jesús. ¡Prepárate para encontrarte con el Señor! Decide ahora estar del lado de Cristo, y no te decepcionarás, porque él jamás falla en cumplir lo que promete.



SERMÓN EXTRA

EL CIELO

Textos clave: 1 Tesalonicenses 4:13; Juan 14:1-3; 2 Corintios 12:2,4

Introducción

En una antigua urna funeraria encontrada en la ciudad de Tesalónica, en Grecia, estaba inscrita la siguiente frase: “Ninguna esperanza”. En otra urna de la misma época se leía: “Cristo es mi vida”. ¡Qué contraste tan impresionante! La primera inscripción refleja la desesperación pagana ante la muerte: una visión de total falta de esperanza. La segunda refleja la confianza cristiana de que, en Cristo, la muerte no es el fin.

Esa diferencia resume bien el contraste entre el paganismo y el cristianismo. Para quien no conoce a Dios, el futuro más allá de la muerte es sombrío y vacío. Pero para los que están en Cristo, hay una viva esperanza en la vida eterna. El apóstol Pablo escribe a los tesalonicenses: **“Hermanos, no queremos que ignoren lo que va a pasar con los que ya han muerto, para que no se entristezcan como esos otros que no tienen esperanza”** (1 Tesalonicenses 4:13).

Los cristianos tienen una esperanza real: el regreso de Cristo y la promesa de un hogar celestial a su lado.

Desarrollo bíblico

La promesa de Jesús

Jesús nos aseguró que está preparando un lugar para los salvos. Sus palabras resuenan a través de los siglos, trayendo consuelo a los corazones: **“En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas. Si no fuera así, ¿les habría dicho yo a ustedes**

que voy a prepararles un lugar allí? 3 Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté” (Juan 14:2-3).

El Cielo no es un mito ni una idea abstracta para hacernos sentir mejor. El Cielo es una realidad prometida por el propio Hijo de Dios. Jesús jamás rompería sus promesas. Si él dijo que volverá para llevarnos, podemos confiar plenamente en eso. El Cielo es tan real que Jesús se refiere a él como un lugar concreto, con muchas moradas, preparado con cariño para nosotros.

Sin embargo, muchas personas tienen conceptos erróneos sobre el Cielo: algunos piensan que será aburrido, otros creen que nos convertiremos en ángeles tocando arpas en las nubes... La Biblia, sin embargo, nos da vislumbres del Cielo que llenan nuestro corazón de alegría y expectativa.

Los tres cielos

La Palabra de Dios menciona de forma figurada “tres cielos”; necesitamos entender esto para no confundirnos.

- **El primer cielo** – la atmósfera: Génesis 1:6-8 llama “cielos” al firmamento que separa las aguas y donde las aves vuelan (Génesis 1:20). Este es el cielo azul que vemos de día, el aire que nos rodea. Es el ambiente que permite la vida en la Tierra.
- **El segundo cielo** – el espacio sideral: Cuando la Biblia habla de los “cielos” en términos de astros, se refiere al espacio, al universo estrellado. Isaías 55:10, por ejemplo, menciona la lluvia que descende de los cielos y no vuelve sin regar la tierra, indicando el cielo por encima de las nubes. El Salmo 19:1 declara: “Los cielos cuentan la gloria de Dios”, refiriéndose al firmamento estrellado de la noche. Ese es el cosmos, con sus galaxias y maravillas, que también es creación de Dios.
- **El tercer cielo** – el paraíso de Dios: Este es mencionado por Pablo en 2 Corintios 12:2-4, cuando dice haber sido arrebatado hasta “el tercer cielo... el paraíso”. Ese es el lugar donde Dios habita con sus ángeles y donde estarán los salvos. Es allí donde Jesús nos llevará: al paraíso restaurado, a la presencia gloriosa de Dios.

Comprender esto nos ayuda: cuando hablamos de “Cielo” en el sentido de nuestra esperanza, nos referimos al tercer cielo, el hogar de Dios, y a la futura nueva tierra que él preparará (Apocalipsis 21). No se trata solo de un “lugar en el espacio”, sino de un estado de existencia en perfecta comunión con Dios.

El Cielo – un lugar de gloria

La Biblia describe el Cielo (la morada de Dios y destino de los salvos) como un lugar de perfección y alegría eterna. Verso tras verso, encontramos pinceladas de esa gloria:

- **“Tus ojos contemplarán al rey en su esplendor”** (Isaías 33:17) En el Cielo veremos a Jesús cara a cara, en toda su belleza y majestad.
- **“Al que salga vencedor le daré derecho a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios”** (Apocalipsis 2:7) Habrá vida eterna y acceso al árbol de la vida: lo que se perdió en el Edén será restaurado.
- Job 38:4-7 habla metafóricamente de las “estrellas del alba” y de los “hijos de Dios” cantando de alegría cuando se creó la Tierra. Entendemos que hay criaturas de Dios esparcidas por el universo, seres que no cayeron en pecado y que adoran a Dios continuamente. Nehemías 9:6 declara: *“Tú solo eres el Señor. Tú hiciste los cielos, los cielos de los cielos y todo su ejército; la tierra y todo lo que hay en ella; los mares y todo lo que contienen. Tú das vida a todos ellos, y el ejército de los cielos te adora”*. Es decir, el Cielo (en el sentido de universo y paraíso) está lleno de vida y adoración. No estaremos solos; seremos parte de una gran familia universal de seres creados que alaban a Dios.

En Apocalipsis, Juan apenas encuentra palabras para describir la gloria de la Nueva Jerusalén: calles de oro, puertas de perla, ausencia de noche porque la gloria de Dios lo ilumina todo. Claro que esas descripciones intentan comunicar en lenguaje humano algo que supera nuestra imaginación.

La redención de la Tierra

Cuando Adán pecó, no solo perdió la comunión con Dios, sino también la administración de la Tierra, que pasó a estar bajo la influencia de Satanás. En Lucas 4:5-6, durante la tentación de Jesús, el diablo le mostró *“todos los reinos del mundo”* y dijo: *“(…) te daré la autoridad, porque a mí me ha sido entregada y puedo dársela a quien yo quiera”*. Nota: Satanás afirmaba que los reinos del mundo le habían sido entregados, y Jesús no contestó esa afirmación, porque, de hecho, al pecar, la humanidad cedió terreno al diablo.

Pero Jesús no aceptó la oferta de Satanás (que implicaba adorarlo). En lugar de eso, Jesús eligió el camino de la cruz. Él pagó el precio de nuestra redención no tomando un atajo, sino sacrificándose por nosotros. 1 Pedro 1:18-19 dice que

fuimos “**rescatados por la sangre preciosa de Cristo**”. Cristo, en la cruz, conquistó lo que Adán perdió.

El plan de Dios no es simplemente sacarnos de este mundo y abandonar la Tierra. Al contrario, la Biblia nos habla de la restauración de todas las cosas. En Apocalipsis 21:1-5, Juan ve “un cielo nuevo y una tierra nueva” y escucha a Dios decir que “el tabernáculo (morada) de Dios” estará con los hombres, que Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos, y no habrá más muerte ni dolor. Esto es maravilloso: Dios no solo nos llevará al Cielo, sino que él mismo hará su morada con nosotros en la eternidad, en una nueva creación donde no existirá más pecado ni maldición.

En otras palabras, el Cielo descenderá a la tierra renovada. El Edén, que fue perdido, será recreado con una gloria mucho mayor. La Tierra, purificada y transformada, se convertirá en parte del “Cielo” donde Dios habitará con sus hijos para siempre.

Aplicación práctica

- **El Cielo es real y está siendo preparado para ti.** No veas la vida eterna como un sueño distante o una utopía. Jesús garantizó esa herencia para ti. Vive con esa esperanza viva ardiendo en tu corazón.
- **Mantén el enfoque en la vida eterna, no solo en este mundo pasajero.** Es fácil distraerse con las preocupaciones y atracciones momentáneas, pero recuerda: somos peregrinos aquí. Nuestra ciudadanía está en el cielo (Filipenses 3:20). Cuando las luchas de esta vida pesen, piensa en las alegrías que Dios ha preparado.
- **Vive en fidelidad y armonía con Dios ahora, para formar parte de esa promesa.** No significa intentar “comprar” el Cielo con buenas obras, sino permitir que el Espíritu Santo te santifique y prepare tu carácter para el Cielo. Allí es un lugar de pureza y amor; deja que Dios te moldee en esas cualidades desde ahora.
- **Recuerda que la Tierra Nueva será un hogar restaurado, libre de dolor, muerte y sufrimiento.** Esto nos da fuerzas para enfrentar los dolores presentes con esperanza. Las lágrimas de ahora serán enjugadas por Dios mismo. Cada pérdida será restaurada de una manera que ni siquiera podemos imaginar.

Ilustración

Una tarde, un niño volaba una cometa en un campo amplio. La cuerda subía y subía hasta que la cometa desapareció por completo detrás de densas nubes. Un curioso se acercó y preguntó:

— Ya no ves la cometa. ¿Cómo sabes que todavía está allá arriba?

El niño sonrió, levantó el carretel y respondió con sencillez:

— Lo sé porque siento un tirón constante. Con cada brisa fuerte, el hilo vibra en mi mano. No veo la cometa, pero ella lleva mi corazón hacia lo alto.

Así es nuestra experiencia con el Cielo. No lo vemos con los ojos, pero hay un “tirón” suave y firme que sentimos por la fe. Cada promesa de Cristo, cada respuesta a la oración, cada destello de belleza y bondad en este mundo vibra como el hilo invisible que nos conecta con el hogar que él está preparando. Cuando el desánimo intenta oscurecer nuestra visión, podemos sujetar ese “hilo” y decir con la misma convicción del niño: “Sé que está allí, porque siento el tirón de Dios en mi alma”.

Invitación y llamado

Jesús nos hace una invitación especial para estar con él en el Cielo. Él dice en Apocalipsis 3:20: *“Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré...”*. Él desea ardientemente que tú y yo estemos en ese hogar eterno.

¿Deseas ver al Rey de la gloria con tus propios ojos? ¿Tu corazón anhela un mundo sin dolor ni tristeza, donde no haya más despedidas ni luto?

Hoy, Dios te ofrece la esperanza del Cielo. Él ofrece la vida eterna gratuitamente a todos los que acepten a Jesús como Señor y Salvador. *“El que cree en mí, aun que muera, vivirá”*, dijo Jesús.

¿Quieres aceptar esa promesa y entregar tu vida al Señor ahora? No hay nada en este mundo que valga la pena si se compara con lo que Dios ha preparado para los que lo aman.

El Cielo es real, y la vida eterna está disponible para todos los que se rinden a Cristo. Toma la decisión de vivir con él para siempre. Entrégate a Jesús hoy, y la esperanza del Cielo llenará tu corazón, dando sentido y dirección a tu caminar aquí. Muy pronto estaremos en esa tierra renovada, y Dios personalmente enjugará toda lágrima de nuestros ojos. ¡Qué día glorioso será! Mantente firme en esa esperanza, pronto estaremos para siempre con el Señor. ¡Amén!